

11ª REUNIÓN (en mi casa). 11 de enero de 2006.

En esta ocasión el tema de la reunión era «Las otras cuatro», y, como no es difícil de imaginar, se trataba de poner por escrito lo que pensábamos las unas de las otras, lo que sentimos al conocernos, las primeras impresiones que nos llevamos de aquellas cuatro mujeres que, aunque aún no lo supiéramos, estaban destinadas a compartir con nosotras una parte tan importante de sus vidas y de sus destinos. Las otras componentes del libro. Las otras cuatro.

ROSA

Esto del curso de actividades acuáticas para bebés es un coñazo. Las clases están muy bien y Mateo se lo pasa bomba, ipero es que nadie habla con nadie! Pues yo callada no voy a estar. Con alguien tendré que relacionarme ¿no? ¿Cómo es posible que sean tan asociales? Bueno, no, esa que es amiga de la monitora parece simpática. He oído que la llama por su nombre, Bea. Será asidua del Crack... ¡Ah! mira, esta que llega tiene buena pinta, casualmente su niño ha nacido el mismo día que Mateo. Tengo la sensación de que con ella haré buenas migas. Montse. Me gusta, le va el palique. Y cómo mima a su pequeño...

Montse. Sí, tomemos un café. Por fin alguien que se relaciona y tiene ganas de perder un ratito entablando una conversación amena con otra madre. Me cuenta su vida, me habla de su maternidad. ¡Qué valiente! ¡Y qué claras debe de tener las cosas para decidir ser madre soltera!

Bea. Qué agradable, qué educada, quizá incluso demasiado, si eso es posible, pero qué buen rollo, da gusto hablar con ella, se ve muy servicial, muy inteligente, muy divertida, ¿no tendrá defectos? Bueno, seguro que es súper asidua al Crack porque habla con todo el mundo; será monitora de algo y ahora ha sido mamá. Me gusta, sí. Tomaremos un café a la salida, ¿te apuntas? Tranqui, no te estreses, ahora ejercemos de mamás y no puedes ir siempre con tanta prisa...

Daniel. Qué dulce, pero creo que no entiende demasiado el español, y el catalán, ni papa. Me da un poco de pereza esto del idioma, pero con Bea se entienden porque ella habla alemán. Mmm... ¿me comprenderá cuando le hablo? ¿Cómo, tú también te apuntas al café? Pues perfecto, venga. ¡Buuuf, qué guay, habla perfectamente el español! Se ve súper maja.

Bueno, esto va creciendo, ya no sólo café. Ahora también playa y comida, van aumentando los planes...

¡Anda, pero si Bea también es amiga de Sara, que iba conmigo a los escolapios y era súper-mega-pija! Ah, ¿viene a comer? ¿Con nosotras? ¿Seguro? Ya veremos si se lo pasa bien... Vaya, Sara ha adoptado a dos niñas rusas, me pica la curiosidad... Qué prejuicios más absurdos he mostrado, Sara me ha sorprendido muy gratamente, qué sensible y entregada. Aunque... ¿eran prejuicios o miedo de no estar a la altura? Bueno, ya veremos, yo la recordaba súper diferente...

La madre soltera, Montse, es muy legal, no le va el critiqueo, ya va bien que alguien nos frene si la cosa se desboca. No me ha sorprendido demasiado, mis expectativas al conocerla no eran distintas; bueno, ahora veo otras virtudes y defectos en ella que nos acercan. No somos tan diferentes aunque nuestras formas de ser y de pensar estén a años luz. ¿Nos une solo la coincidencia de la fecha de nacimiento de nuestros hijos? Por supuesto que no. Ella es tozuda, orgullosa, dura con los demás y consigo misma; somos la cara y la cruz de la moneda, pero es inmensamente sensible, sabe muy bien lo que es querer y reconoce que lo que tiene entre manos es lo mejor que le ha pasado nunca. Me siento súper bien a su lado. Sin tapujos, las cosas claras.

Bea en su línea, no me ha sorprendido demasiado. Sólo en que su dulzura y simpatía son aún mayores de lo que creía. Me pareció algo estirada, pero es sencilla y tranquila, aunque también con ese toque de seguridad total en si misma, y de mala leche (que después se arrepiente de haber sacado). Compartimos ciertas ideas y maneras de pensar que nos hacen mucho más iguales de lo que parece a simple vista. Creo que tenemos un tipo de humor que nos acerca, y sobre todo una facilidad de comunicación verbal y gestual que hace tierna y agradable la tarde entre cinco.

Con Daniela me siento muy identificada; no hace falta explicar por qué. Son muchas las ideas que compartimos, aunque eso lo he sabido ahora, con el tiempo. Como podrían decir las demás, somos las más hippies. Supongo que yo mucho más, claro, pero... no sé, yo que conozco mi fondo y mi historia... O sea, genial. Lo del idioma, adaptación casi total. Sensibilidad inmensa, dulzura absoluta y algo de cuadradura que ya nos conviene a las demás. Sobre todo a mí, para ponerme las pilas, porque, por mí, como me siento tan a gusto, me pasaría toda la tarde de palique y café y no escribiría nada.

Con Sara sí que la he pifiado, qué feo juzgar por los recuerdos, o por lo que crees que son. Sí, es súper pija (según mis clasificaciones mentales), pero ¿y qué? Es genial, además, curiosamente, ella y yo estamos mucho más cerca de lo que parece, incluso más que de las demás, porque yo con la imagen engaño... Cuando habla de marcas, colonias de niños y demás... Pues sí, un poco "hippija" puede que sí sea, porque comparto con ella muchas pequeñas tonterías. No somos tan diferentes. He llorado con todas, también con ella y con su amor hacia sus dos pequeñas. Eso ya me vale. Con eso ya tengo suficiente. Ahora que la conozco algo más, me siento bien con ella. Es estupendísima y todo corazón.

La verdad es que las diferencias tan grandes que parece haber entre nosotras pierden fuerza cuando empezamos a profundizar, y resulta que las diferencias son, simplemente, aparentes. ¿Cómo podríamos estar, si no, tantas horas juntas, contándonos intimidades y sintiéndonos súper bien, pasando las horas sin tentaciones de buscar excusas para saltarnos las reuniones?

Creo que formamos un buen equipo y... donde no llega una llegan las demás, sobre todo con respeto y mucho cariño.

SARA

Yo creo en el destino.

Soy de las que piensa que las cosas ocurren cuando es el momento y que nada pasa porque sí.

Parece que fue ayer, y, sin embargo, acabamos de celebrar que hace un año que las tocamos por primera vez...

Soñábamos con recogerlas, vestirlas con ropa nueva y limpia, de sus tallas y sólo de ellas, ponerles zapatos -porque Tanya llevaba sandalias en invierno, con temperaturas escalofriantes, e Iryna no llevaba nada en los pies- y, sobre todo, bañarlas en una bañera caliente, llena de espuma y de juguetes. Queríamos dejarles la piel fina y perfumada, que el contacto entre los cuatro fuera feliz y nos ayudara a empezar a conocernos y a querernos.

Soñábamos con verlas reír y disfrutar de su primer, dulce y delicado baño, comenzar a ser una familia normal, haciendo las cosas cotidianas...

Pero el destino, otra vez, quiso que no fuera así.

Tanya tenía terror al agua.

Sólo desnudarla y entrar con ella en el baño fue peor que todo lo imaginable: se puso completamente histérica, parecía poseída por un espíritu maligno y sólo se la oía gritar.

El contacto con el agua empeoró la situación: la niña daba patadas y manotazos, se convulsionaba, enrojecía, daba cabezazos descontrolados contra las paredes de la bañera, intentaba saltar y resbalaba, al tiempo que nosotros tratábamos de calmarla y, sobre todo, de sujetarla.

Éramos dos adultos contra una niña diminuta y ella tenía más fuerza que nosotros, por lo que Natxo optó por meterse con ella en el agua y colocarla entre sus piernas y abdomen, inmovilizándola.

Había empezado nuestra mayor pesadilla.

Nadie sabe lo que pasamos, lo que nos asustamos, lo que lloramos y nos desesperamos en sus primeros "intentos de baño".

Lo probamos todo: poca agua, mucha agua, con espuma, sin espuma, más caliente, más fría, con muñecos, sin muñecos, con papá, sin papá, con mamá, sin mamá, dentro del agua con ella, ella sola en el agua, con Iryna a su lado para que viera que era algo agradable, sin Iryna para que no la lastimara... y siempre con mucha fuerza física de por medio, para evitarle un accidente, una desgracia.

Yo llegué a tener pánico a que Tanya necesitara un médico, por fiebre o cualquier otra cosa, y tuviéramos que acudir a urgencias, porque estaba totalmente llena de morados, arañazos y golpes, producidos por los intentos de baño, y creía que iban a pensar que era una niña maltratada y me la quitarían.

Si eso ocurría, debería llamar a la psicóloga de la Generalitat y a nuestro pediatra, para que explicaran y corroboraran nuestra versión.

Nuestro sueño se desvaneció por completo, y lo que empezó en su lugar fue una carrera hasta conseguir que ella aceptara el agua. Ese elemento que no tocaba con las manos, que ni siquiera bebía, y que le producía auténtico pánico.

Apenas una semana después de llegar a casa, me llamó Bea para comunicarme, llena de alegría y de emoción, que el curso de actividades acuáticas para bebés estaba a punto de empezar, y que debíamos apuntarnos juntas para que Berta e Iryna fueran al mismo grupo y horario.

Llamamos al club y la monitora nos aceptó a las niñas de inmediato, incluso fuera de plazo, porque consideró que la situación lo merecía.

Bea era amiga de Natxo, de cuando eran pequeños, de los veranos, y cuando llegó a Granollers y se apuntó al mismo gimnasio en el que estábamos

nosotros, se reencontraron. Ella fue el empujoncito final para volver a soñar, gracias a cómo me contagió su ilusión por el curso acuático. Ella es así: divertida, risueña, feliz y alocada... Junto a ella volví a soñar, porque las pautas que la monitora me adelantó antes de empezar el cursillo empezaron a funcionar de inmediato. Y eso hizo que llegara el primer día de clase y yo me sintiera relajada, a pesar de saber, con total seguridad, que íbamos a pasar un mal rato. Sabía que Bea y Berta estarían allí. Que todo saldría bien. Pero no, ella se equivocó de hora y yo me pasé cuarenta y cinco minutos sola en el agua, mirando la puerta... En realidad, aunque yo todavía no lo sabía, que le ocurriera eso es lo más natural en ella, porque es la incuestionable reina de los despistes. Para Bea confundir una hora, un restaurante o un aeropuerto es algo a la orden del día. Claro que, quienes conocemos Jaume, su marido, imaginamos los nervios que debe pasar...

Durante ese primer día de curso no aparté los ojos de Tanya, por lo que no me enteré de las presentaciones de las otras mamás, pero me llamó la atención Montse con su recién nacido, Jan. Era tan pequeño, tan tranquilo... parecía tan relajado en el agua... El destino quiso entonces que Tanya acabara cayéndose a la piscina, justo al lado de Montse, que la rescató no sé si por los pies o por los brazos. Nunca olvidaré su cara ni su rapidez, porque lo hizo de manera instintiva y eso la obligó a dejar a Jan a la libre decisión de mantenerse a flote en el brazo que a ella le quedó libre. Quizá ni se lo agradecí... No lo recuerdo... Pero ella me entregó a Tanya con una sonrisa en los labios, y la niña no lloraba. Aquella fue la primera manifestación de su carácter, seguro y meticoloso. Me ha dado tranquilidad en mi proceso de aprendizaje materno y nunca se lo he dicho... No por no querer hablarlo, sino porque, otra vez, escribir lo que siento me ha vuelto a ganar la partida y me ha sacado cosas muy profundas. Montse trabaja con niños y se le nota, o yo se lo noto, o se lo quiero notar porque me gusta lo que me aconseja. Cuando estoy preocupada por cosas que hace mi hija en su adaptación, ella siempre me da aliento, y nunca ha criticado mis decisiones, mis actos, mis maneras de intentar solucionar las cosas.

Rosa apareció más tarde. Compartimos dos o tres clases en el agua, después de haber ido juntas al colegio de jovencitas. La encontré hecha una madraza, y hippie total. Me transmitió algo, no sé bien qué, y me sumé, cuando las peques me lo permitían, a los cafés post-natación de Bea, Montse y ella. Me sorprendió su modo de vida y la absoluta entrega a sus hijos. Su vida es radicalmente distinta a la mía. Es la más diferente a mí de las cuatro, y, sin embargo, me pareció fácil estar con ella. Sobre todo porque me hace reír y este último año lo he necesitado mucho...

No recuerdo haber coincidido con Daniela, la más desconocida para mí. Ella es una mujer valiente, de apariencia frágil, que no se deja conocer en las reuniones, y, sin embargo, cada lectura suya me parece un desnudo integral de su vida. Creo, intuyo, que su vida no ha sido fácil. Quizá lo ha tenido más difícil que las otras cuatro... pero su gran recompensa se llama Mireia y la hace feliz.

Ahora que somos un quinteto, a veces pienso que si no fuera por el destino nunca nos habríamos conocido.

¿Cómo será su vida fuera de las reuniones del libro?

¿Son plenamente felices, además de ser madres, que es lo que nos une?

¿Tendrán secretos?

¿Acabaremos todas con dos hijos, por seguir teniendo cosas en común?

Yo quiero pensar que todas tienen una vida llena, completa, feliz, porque eso les deseo yo... Aunque seguramente no sea así.

Hoy somos cinco mujeres de más de treinta años, con una maternidad madura, con trabajo todas, no fumadoras, con uno o dos hijos muy pequeños y muy seguidos, muy distintas pero al mismo tiempo muy iguales.

Habrá que esperar a mañana para ver cómo nos sigue tratando la vida...

MONTSE

Estoy convencida: Las "5 xx" no somos amigas por casualidad, ni por ser muy distintas.

La vida tiene tantas lecturas, todas posibles, que cada uno tiene que escoger la suya, ser más o menos coherente, y construirla y deconstruirla una y mil veces.

Así que, de entre "nada pasa porque sí" y "todo pasa porque sí", yo escojo la primera opción. Y de entre "los contrarios se atraen" y "los iguales se atraen", escojo la segunda. O sea, que elijo el camino de la existencia de un caos ordenado, en el que se produce la atracción, pero no entre contrarios, sino entre iguales. Los humanos tenemos tanto trabajo en dar consistencia a nuestra propia vida que no nos interesan las otras consistencias si son muy distintas a la nuestra. Buscamos que los demás nos reafirmen a nosotros mismos.

Por otro lado, es cierto que las admiro a las cuatro, aparentemente, por cosas distintas:

- De Bea admiro la inteligencia, la espontaneidad y la capacidad de ser feliz.
 - De Rosa, la empatía, la generosidad y la capacidad de cuidar al otro.
 - De Daniela, la lucha por la supervivencia emocional, la reflexión y la introspección.
 - De Sara, la seguridad, la fuerza de voluntad y la firmeza.
-
- Pero, ¿cómo podría ser Bea tan inteligente si no fuera una superviviente emocional nata, introspectiva, firme y capaz de sentir empatía?
 - O ¿cómo podría Rosa ser una gran cuidadora si no fuera inteligente, luchadora, reflexiva y espontánea?
 - O ¿cómo Daniela habría sobrevivido emocionalmente sin empatía, capacidad de ser feliz, seguridad e inteligencia?
 - O ¿cómo Sara lograría mantenerse tan firme ante la vida sin introspección, inteligencia y una gran capacidad para cuidar a los demás y para ser feliz?

De todas ellas también admiro lo negativo, que no es poco ni tonto, porque me parece interesante la gente vanidosa, cabezota, mandona y arisca (sobre todo arisca).

Resumiendo, ¡¡¡quiero mucho a mis "xx"!!!

DANIELA

En septiembre de 2004, dos meses antes del nacimiento de nuestra hija, Mateo y yo nos mudamos de Berlín a Granollers. Ahora, a los 36 años, me encuentro laboral, financiera y socialmente en el punto de partida, y con el añadido de que he dejado de ser una estudiante flexible y sin exigencias. Mi trabajo es ser madre, aunque por desgracia no pueda vivir de ello. Y a mi nueva ocupación remunerada sólo puedo ocuparme, por así decirlo, como a un pluriempleo menor, dado que la mayor parte del tiempo estoy concentrada en Mireia.

Y en esa situación, en esa tesitura vital, me concedieron una de las codiciadas plazas del curso de actividades acuáticas para bebés, en el que conocí a Bea, mi tabla de salvación. ¡Qué detalle del destino que supiera hablar alemán y pudiéramos entrar inmediatamente en contacto! Ella es sin lugar a dudas mi ángel, la persona que ha intentado integrarme con más cariño. Gracias a ella conocí también a las otras tres, y nuestros encuentros semanales se han convertido en mi pequeña burbuja española, mi pequeño círculo social, mi encantadora distracción de la rutina que marcan mi hija, mi casa y mi trabajo.

Ahora, cuando hablo con Alemania, explico con gran orgullo que estoy escribiendo un libro con cuatro amigas; un signo de que realmente me he adaptado al extranjero y he empezado a convertirlo en mi nuevo hogar. Durante nuestros encuentros obtengo también nuevas pinceladas de la mentalidad y la rutina españolas y catalanas, que cada vez voy conociendo mejor y de las que empiezo a formar parte. Lo cual significa integración.

Pero nuestras reuniones son también una bolsa informativa de todas las cuestiones que tienen que ver con los hijos, y yo obtengo mucha energía y mucha fuerza de esas cuatro mujeres extraordinarias, fuertes e interesantes, que combinan maternidad y trabajo y se enfrentan a la vida con valor. Porque hay que ser valiente para sacar adelante a un hijo siendo madre soltera, o decidirse a tener un segundo, o adoptar a dos a la vez.

Todas ellas emanan una gran energía y ganas de vivir, y gracias a los textos y a las charlas descubro cada vez nuevas y desconocidas facetas de cada una. Lo único que lamento es que tengamos tan poco tiempo para charlar. Pero cada vez, cada vez, salgo de las reuniones con nuevas ideas, nuevos puntos de vista, y una renovada alegría.

BEATRIZ

Cuando te vuelves madre todo cambia. Cambian los sentimientos, los intereses, las prioridades, la emoción... y cambian también, por supuesto, las conversaciones. De repente todo son pañales, biberones, horas de sueño, primeras palabras, primeros pasos... Es impresionante. Hay que vivirlo para entenderlo. De hecho, yo siempre había dicho que cuando tuviera un hijo no me pasaría el día hablando de él; que seguiría conversando sobre libros, trabajo, cine o lo que fuera con tal de seguir siendo yo misma y no convertirme en "la-mamá-de". Pero cuesta. Cuesta muchísimo, porque cuando te vuelves madre todo cambia y hay que hacer un esfuerzo para pensar en algo que no sea tu bebé.

A no ser que tengas en mano algún proyecto que te emocione.

Eso ayuda.

Ayuda una barbaridad.

Estos últimos meses he dejado de hablar tanto de Berta y he empezado a repetir a cuantos conozco que estoy escribiendo un libro con unas amigas. Y el tema, pese a estar extraordinariamente ligado a mi hija (y ahora también a Alexandra, que poco a poco va creciendo en mi interior), me permite conversar sobre mi maternidad con una cierta discreción, con una cierta originalidad, aunque, dado lo mucho que hablo **del libro**, no es descartable que el resto del mundo prefiera algo más de vulgaridad.

Es que todo es tan emocionante... tan divertido... tan ameno... tan humano... Y nosotras, las autoras, parecemos las protagonistas de una serie americana. Mujeres desesperadas, Sexo en Nueva York, Ally McBeal... ¡qué sé yo!

¡Somos tan diferentes! Pero no, qué digo, si en realidad somos casi iguales. ¡Pero parecemos tan diferentes! Sí, eso sí. Seguro que en cualquiera de esas series tendríamos más que claro nuestros papeles: la pija rubia, la hippie entregada, la directora estricta, la extranjera ecologista y la estudiosa despistada. Una madre adoptiva, una que ha tenido tres partos pero dos hijos, una madre soltera, una que quiso un parto natural pero tuvo una cesárea y una que tuvo un parto-relámpago y ahora espera su segunda niña. Descripciones todas ellas que, para quien nos viera de lejos y no nos oyera hablar, serían perfectamente adecuadas.

Sólo que hay mucho más.

A Sara la conocí al poco de llegar a Granollers, hace ya más de tres años. Era la mujer de Natxo, la conocida de Rosa. Una persona sorprendente. Empecé a coincidir con ella en el vestuario del gimnasio y me impresionó cómo hablaba y lo que decía. Siempre estaba de buen humor. Incluso los días en los que tenía peores noticias. Incluso cuando acababan de operarla y le dolía el cuerpo y sobre todo el alma, porque los resultados de las intervenciones la alejaban un poco más de su sueño de ser madre. Tenía tantas ganas... Y tantas dificultades... Pero era una mujer fuerte, de eso no cabía duda. Y... a veces pienso que fue una suerte conocerla así, sin ropa. Eso me facilitó mucho las cosas. Voy a tener que explicarme, ¿no? ¡Porque así escrito suena fatal! A ver... cuando Sara se viste parece otra. Cubre su personalidad con marcas carísimas, joyas deslumbrantes y complementos perfectamente estudiados que dan una imagen de ella algo excesiva, algo ostentosa. Aunque nada más lejos de la realidad. Sara es sensible, sincera, abierta, coherente, inteligente y terca como una mula. Y se conoce a sí misma como pocas personas logran llegar a conocerse jamás. Siempre está dispuesta a echarle una mano y sabe dar muy buenos consejos. Cuando te mira parece que te traspasa, y seguro que hay muy pocas personas en el mundo que hayan podido engañarla. Adora a su familia, y a Natxo, y la batalla que libró por conseguir a sus hijas sería lo suficientemente interesante como para dedicarle un libro en particular.

Después conocí a Daniela. Estaba a mi lado cambiando a su pequeña, antes de empezar la segunda o tercera clase de actividades acuáticas a la que me había

apuntado con Berta, cuando oí que hablaba en alemán. ¡Qué ilusión me hizo! ¡Por fin alguien con quien practicar! Reconozco que al principio no pensé en ella como persona, sino como libro de idiomas, pero... Tardó muy poco en hechizarme. Sí, podría decir que Daniela me hechizó. Tenía una mirada profunda, directa y franca, sorprendentemente madura, dulcemente melancólica, y se dirigía a los niños con una sonrisa que le iluminaba la cara. Daniela ha vivido mucho, ha cargado con mucho peso sobre sus hombros, pero la espalda no se le ha arqueado ni un milímetro. Es una mujer fuerte que sabe que sólo tiene una vida y que si no la aprovecha de nada le servirá. Además, el amor que siente por Mireia y Mateo le bastan para continuar. Cuando la miro me veo a mí misma en Alemania, durante los cinco años que pasé allí, y comprendo que se canse a medida que avanzan las conversaciones, que se escandalice de que quedemos a las once para cenar, o que no comprenda todas las bromas o no comparta todas las evidencias. Pero ella lo aguanta todo con su natural empaque, con su sorprendente parsimonia, con esa envidiable capacidad que tiene para hablar sin precipitarse, sin retractarse de lo que dice, sin desear lo que no tiene ni exigir lo que no es suyo... Y con esa risa que le sale de lo más profundo del alma y suena a verdadera felicidad.

Rosa me llamó la atención por un montón de pequeñas cosas: porque cogía a su hijo por los brazos y no por las axilas, como hacemos todas, porque lo trataba con una desenvoltura que dejaba claro que no era el primero, porque llevaba unas gafas de pasta de color verde que me encantaban, porque caminaba dando pasos cortos y rápidos pero a la vez parecía no tener prisa, porque sonreía a todo el mundo y no se paraba a comprobar si le devolvían la sonrisa, porque su traje de baño negro y austero chocaba con la ropa multicolor y hippie que se ponía después, porque llevaba el coche lleno de papeles y envoltorios de chucherías, porque las tres primeras veces que quedamos pagó ella los cafés... y porque era simpática, amena, divertida, directa y campechana, entre otras muchas cosas. Y parecía no tener complejos. Lo parecía. Con el tiempo he descubierto que no está tan segura de sí misma como pensé en un principio y que hay muchas cosas en su vida que le gustaría cambiar, pero eso no le resta un ápice de energía o buen humor, lo cual es realmente digno de alabanza. Como lo es también el modo que tiene de compartir todo lo suyo, de entregarse en cuerpo y alma y de ofrecerte su casa, y lo que haga falta, sin pedirte nada a cambio. Un lujo.

Rosa fue, junto con Montse, la promotora de los "cafés post-piscina" y los posteriores encuentros para comer. Para mí, acabar la clase de natación significaba salir corriendo hacia casa y aprovechar que BB dormía, rendida por el ejercicio, para encerrarme en el despacho y avanzar cuanto pudiera en la traducción que en ese momento tenía entre manos. Pero el tándem Rosa-Montse, ampliado después con Daniela y Sara, consiguió convertirse en un imán tan poderoso, crear un ambiente tan agradable, proponer unas conversaciones tan interesantes y despertar de tal modo mi curiosidad que hasta renuncié a aquella hora de trabajo por quedarme a su lado y reírme y aprender como madre, como persona y como mujer.

A Montse le perdían los donuts, como a mí, y se quedaba sentada en el bar del hotel, relajada, tranquila, como si estuviera disfrutando de unos momentos de paz que no estaba acostumbrada a tener. Y así era, ahora lo sé. Teniendo en cuenta el estrés que conlleva su trabajo como directora de un colegio, no me extraña que saboreara hasta la última miga de su donut y la última gota de su café con sabor a baja por maternidad. Las primeras veces que hablé con Montse (y no me refiero a un par de ellas, sino a muchas, a *muchas*), me dejó con la boca abierta. Por su arrojo al enfrentarse a la maternidad, a las enfermedades, a los contratiempos, a la muerte; por la cantidad de cosas que le habían pasado en la vida y la naturalidad con que las comentaba; porque me obligaba a cambiar de tema cuando intuía un atisbo de crítica a alguien que no estuviera presente; porque parecía tener ganas de conocerme, de conocernos a todas, de saber de todo, de saber más. Montse nunca dice cosas que no piensa ni dice cosas sin pensar. De ahí que, en parte, nada de lo que dice sea demasiado trivial. No sé si es por culpa de

su trabajo o gracias a él, pero es extraordinariamente metódica y ordenada: Jan duerme las horas precisas, come las cantidades indicadas y tiene los juguetes adecuados para su edad. Pero hay una parte de sí, algo más escondida, que la vuelve sorprendentemente ingenua y confiada, una soñadora capaz de emocionarse con los imposibles, con los impensables, con los improbables... Como por ejemplo escribir un libro con cuatro personas que acaba de conocer.